

do yo alcanzar aquí quando mas feliz me suceda? La gracia del Emperador, su amistad, su privanza, esto es mas; y para esto ¿quántos peligros de caer, quántas emulaciones, quántas embidias? Y confeguida esta privanza, ¿quánto me ha de durar? Oh, Dios! Esto hay? Y todo esto es menester para ser amigo del Emperador? Pues, y si yo quiero ser amigo de Dios, ¿qué me falta? Nada, nada, solo con que yo quiera, lo seré al punto. Ahora, ahora seré amigo de Dios, si quiero. Oh, Señor, pues vuestro amigo quiero ser desde luego: *Amicus autem Dei, si voluerit, ecce nunc fio.* Almas, almas ciegas, y perdidas, ¿dónde andamos malogrando nuestras fatigas, y nuestros deseos? Apeteceis la honra, el esplendor, las riquezas? En Dios las hallareis infinitas, seguras, y eternas: *Gloria, & divitia in domo ejus.* Os tiran los placeres, los divertimientos, y las delicias? En Dios está el torrente inmenso, que inunda de deleytes todos los Bienaventurados: *Et torrente voluptatis tuae potabis eos.* ¿Os agrada lo fazonado de las viandas, la variedad de las bebidas? En Dios está el compendio inmenso de todas las dulzuras: *Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine!* En Dios está como en su fuente toda la suavidad de las bebidas mas delicadas: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae.* En Dios están los banquetes mas abundantes, que satisfacen sin fastidio, que deleytan sin daño, y que facian sin hastío, sin molestia, y sin pesadumbre: *Satiabor cum apparuit gloria tua.* ¿Os divierte la hermosura de los campos, la amenidad de los jardines, la variedad apacible de las flores? Toda esta hermosura apacible en Dios la hallareis junta, sin que el Sol la seque, y sin que jamás el tiempo la marchite: *Et pulchritudo agri mecum est.* Y en fin ¿os roba las atenciones quanto en todo este mundo hay de maquinoso en su fábrica, de rico en sus minerales, de fazonado, y gustoso en sus frutos, de matizado, y vario en sus flores, de armonioso, y canoro en sus aves, de acomodado a vuestro servicio, y gusto en sus brutos, de rico, y brillante en sus piedras? Pues todo no es mas que un destello; no es mas que un rayo; no es mas que una gota de aquel inmenso mar de hermosura, de aquel Sol de infinita belleza: *Meus est enim orbis terra, & pulchritudo ejus.*

Yá, pues, entrad en consejo, interesados pensamientos míos; entrad en consejo: si podeis en un solo bien comprarlos todos juntos, ¿qué ceguera es la vuestra? ¿qué locura, que así perdeis este infinito logro por tantos daños? Si Dios es la suma de todos los bienes, ni hay que buscar debaxo de Dios, ni mas allá de Dios, dice San Agustín: nada debaxo de Dios, porque todo es frivolo, engañoso, caduco; nada mas allá de Dios, porque no hay nada: *Bonorum summa nobis Deus est, neque infra manendum est, nec ultra quarendum quia alterum est frivolum, alterum nullum.* (Aug. in Proem. in Psalm. 121.) Pues si en Dios lo tienes todo, ¿qué buscas fuera de Dios, alma? Allí está el manantial de todas las felicidades, allí la fuente, que sin agotarse enriquece al mundo de

bienes, é inunda los Cielos de Gloria. Allí el centro de toda la tranquilidad, donde solo tendrán quietud todas nuestras ansias. Allí el fin, donde solo se podrán satisfacer todos nuestros deseos. Effe es tu Dios, alma, esse es tu fin; si éste consigues, todo lo consigues; si éste pierdes, todo lo pierdes: *Dios mio, y todas las cosas.* Aguardad: ¿quién decia esto? Un pobrecito, que nada tenia sobre la tierra; un humilde, que el lugar mas infimo escogia para sí en el mundo; un abatido, que se tenia por el lodo de las plazas; un Francisco: ¿no le conocéis yá? Pues esse pobrecito, esse humilde con solo tener á Dios, y no mas, no mas, todas las cosas tenia. Dios mio, y todas las cosas: *Deus meus, & omnia.* Pues ahora mira lo que decia al morir Enrique VIII. aquel sacrilego, aquel maldito, á quien el Infierno le sirve de infame coraza la Corona, que fue de la Inglaterra. Puso todo su fin en lograr todos sus apetitos, y entregó toda su alma á la mas bestial, y monstruosa torpeza. Repudiada su legitima Esposa, se amancebó con nombre de casamiento, con la vilísima ramera Ana Boleno, y por llevar adelante esta infamia, perdido á Dios el respeto, y al mundo la vergüenza, negó la obediencia á la Suprema Silla de San Pedro, y se hizo cabeza de la infernal Hydra de la Heregía Anglicana; destruyó en un año diez mil Templos; saqueó, y robó en este año mil Monasterios; asoló todas sus aras á la Religion, por erigir torpes altares á la impiedad; derramó rios de sangre Catholica; quitó muchas vidas, robó todas las haciendas; y lo que es mas lamentable, condenó innumerables almas. Y quando á desafueros de la tyranía, aun mas que á derechos de su Corona, lleno de riquezas, anegado en delicias, fumido, y atollado en torpezas, todavia su corazon estaba sin hartarse inquieto: y he aquí la muerte, que postrandolo en una cama, le hizo confessar la verdad; y yá para espirar entre los ultimos alientos, tomando esfuerzo, acabó su maldita vida con estas palabras: *Omnia perdidimus;* todo lo hemos perdido. Oh, qué verdad tan lastimosa! Perdiste, Rey desventurado, tu Reyno; perdiste tus riquezas; perdiste tus delicias; perdiste tus gustos; perdiste la vida temporal; y perdiste la eterna: perdiste tu alma, y perdiste la Gloria, solo porque perdiste á Dios, que era tu fin: *Omnia perdidimus.* Oh, Fieles, cotejad ahora este *omnia* de Enrique VIII. con aquel *omnia* de San Francisco. Enrique con todo un Reyno poderoso, solo porque pierde á Dios, todo lo pierde: *Omnia perdidimus;* Francisco desnudo, humilde, y pobre, porque solo tiene á Dios, todo lo tiene; Dios mio, y todas las cosas: *Deus meus, & omnia.* Oh! y si atendieramos á este fin en todas nuestras obras, en todas nuestras acciones, y pensamientos, encaminandolas todas á conseguirlo, y dexando todas aquellas, que de este soberano fin nos apartan! Esta es toda la sabiduría de los Santos, y ojalá que éste fuera todo el provecho de nuestras Doctrinas!

Cuenta Fray Thomás de Cantiprato, (in Ma-

Mani. Exemp. ver. fin.) que un mancebo havendo ido á una feria, entrando en la plaza, iba visitando varias tiendas de diversas mercaderías; aquí los texidos, allí los lienzos, poblado todo, y furtido de mercaderías. Llegó en esto á una tienda del todo vacía, barrida, y sin muestra de nada. Estaba en ella un venerable viejo: ó fuese por curiosidad, ó por burlarse: ¿Señor, qué vende usted? le dixo, porque aquí no veo nada. Lo que yo vendo, respondió muy mesurado el anciano, es la sabiduría. ¿La sabiduría? Ahora lo oygo: Estaba yo en que era regalo fuya, que ni con los muchos dineros se compra, ni con los altos puestos se alcanza: pero pues usted dice, que la vende, vamos conchavando. Sea en buen hora. Pidióle el viejo una gran cantidad, y de contado exhibióla. Y entonces el viejo le dixo: *Mira, en todas tus obras, en todas tus acciones piensa siempre lo primero, á qué fin has de llegar con ellas.* Está bien; pero venga la sabiduría, que yo compro. ¿Pues qué mas sabiduría queréis que esta? Yá os la he entregado. Cómo? ¿Y esta es toda la sabiduría? Sí señor. No vale esto, llámome á engaño, venga mi dinero. Entendí yo que me havia de dar todo un tropél de noticias, todo un almacén de textos, y toda una flota de ciencias: Esto es sabiduría; pero esta vejez: ¿Con esto me viene ahora? Con esto, y en esto está toda la suma de la sabiduría: anda, y nunca lo olvides, y escribe en todas partes, y en todas las paredes de tu casa esta sentencia, y allá lo verás. No fue menester poco para apaciguar al mancebo, que se daba todavía por engañado. Fuese en fin, escribió la sentencia en su casa, y puso la patente: *En todas tus obras, &c.* Pasados algunos dias, ofreciósele, que vino un Barbero á afeytarlo, y havendo yá empezado, advirtió que se suspendía, que se turbaba; y en fin parado, no acertó á profeguir. ¿Maestro, qué le ha dado? Yo lo confesaré claro, dixo él: Ha de saber usted, que yo, pagado de unos enemigos suyos, venía con ánimo de matarlo ahora; pero desde que entré, y leí aquella sentencia, que usted tiene allí escrita, empecé á discurrir sobre ella: ¿á qué fin puedo yo ir á parar con una accion tan injusta? y ésta me ha detenido, me ha turbado, á usted le ha dado la vida, y á mí me ha hecho confesarle la verdad. Entonces conoció el mancebo quan bien dado havia sido el precio que dió por la sabiduría, que en sí contiene esta sentencia. Oh! cómo mucho mejor lo experimentaríamos todos en nuestras obras, y en nuestras almas, si en todas partes tuvieramos escrita, y á los ojos esta sentencia del Catecismo: *¿Para qué fin fue criado el hombre? Para amar, y servir á Dios en esta vida, y despues verle, y gozarle en la otra.* Este fin soberano refrenaria nuestros apetitos, compondria nuestras acciones.

¡Oh, Dios de mi vida! Descanso cumplido de nuestros deseos, centro de nuestros corazones, principio de nuestra felicidad, y fin de nuestra gloria, que con sola tu vista inundas en el Cielo

en dulzuras tantos millares de Bienaventurados, y que con sola tu memoria rebosas de delicias en la tierra á tus Siervos: no permitas, Señor, que nosotros seamos tan infelices, y de tan mal gusto, que dexando el dulce nectar de tus consuelos, bebamos con tantas ansias las repetidas hieles, que nos dá el mundo. ¿Hasta cuándo, Señor, tendremos olvidada tu hermosura, que tiene de sí suspenas todas las Gerarquías de los Angeles, por buscar los placeres en tantas apariencias engañosas, que nos mienten, y en tantos mentirosos placeres, que nos burlan? ¿Hasta cuándo la sed de nuestros deseos, dexando el impetuoso raudal de tus delicias, andará buscando las aguas turbias, y llenas de lodo de este Epypto, y las Cisternas rotas de este mundo? ¡Oh, Dios mio! ¿Cuándo correré á tí, como á mi centro? ¿Cuándo te buscaré, como á mi fin? ¿Cuándo te abrazaré, como á mi descanso? Manjar Soberano, que solo satisfaces; dulzura, que sola deleytas, derrama en nuestros labios una sola gota de tus infinitos placeres, y despreciaremos como amarguissimos agenjos todos los del mundo, y solo nos aprovecharemos de sus criaturas, como medio, no donde nuestro amor se detenga, sino por donde pisandolas, pasé á conseguir el fin de verte, y gozarte en la Gloria.

PLATICA XIII.

DE LOS PRINCIPALES MEDIOS con que hemos de conseguir nuestro ultimo fin, que son la Fé, Esperanza, y Caridad.

A 6. de Julio de 1600.

Saber, poder, y querer, todo es menester que se junte, para que tengan logro en la execucion las obras. El que sabe, pero no puede, nada consigue: el que puede, pero no sabe, nada logra: el que sabe, y puede, pero no quiere, si saber, y su poder de nada le sirve. Así que, para todas nuestras obras, y para todas nuestras empresas, son menester siempre juntos estos tres infinitivos: saber, poder, y querer. Pues estos son los que nos enseña el Catecismo. Yá veo, Padre, (me dice alguno) lo soberano, y precioso del fin ultimo para que fuí criado, que es Dios. Dios es mi fin ultimo. Yo lo confieso; pero si éste fin está tan escondido á mis ojos, tan retirado á mis sentidos, ¿cómo podré saber, y conocer lo que en éste fin tengo de bienes? Mas si éste fin está allá tan lejos, tan encumbrado, tan alto, pobre de mí, que son tan pocas, y tan débiles mis fuerzas, ¿cómo he de poder conseguirlo? Mas tengo que oponer, y es, que si mis sentidos me están mostrando en el mundo las cosas amables, si mis apetitos me arrastran á quererlas, ¿cómo he de querer mas que todas un fin, que ni yo lo veo

con los ojos, ni yo lo toco con las manos, y que además con todas mis fuerzas naturales, aunque ellas fueran muchas, no puedo alcanzarlo? pues cómo he de quererlo? De modo, que para conseguir nuestro fin me poneis tres dificultades. El saber, para conocer los bienes, que en aquel fin soberano se encierran. El poder, para que, conocidos esos bienes, os alenteis à buscarlos. Y el querer, para que, ò despreciados los bienes del mundo, ò usados solo en orden à conseguir aquel fin, allí pongais vuestro amor, y vuestro querer todo. ¿No es esto lo que me oponéis, saber, poder, y querer? Sí, Padre: Porque decirme, que el medio para conseguir mi ultimo fin, que es Dios, es servirle à Dios en esta vida, eso todavía no es haverme enseñado nada; porque todavía pregunto, ¿en qué estará ese servicio de Dios? Qué es lo que tengo de hacer para servirle? Tenis mucha razon en vuestra pregunta, mas no en vuestra priesa: porque como el pobre Doctrinero no tiene boca de costal, no puede derramarlo todo de un golpe. Vamos de espacio, y saldrá todo, que yá el Catecismo os previene todas esas dificultades, y réplicas en esta agraciada pregunta, que es la que se sigue: *¿Con qué obras se sirve à Dios principalmente?* Como si se dixera: Mira, tú me has dicho, que con servir à Dios conseguiré el gozarlo, que es mi fin. Estoy en eso: Pero como esto del servir à Dios contiene en sí tantas cosas, y yo tengo mala memoria, para que no se me olvide, cíñemelo en breves palabras, y dime: *¿Con qué obras se sirve à Dios principalmente?*

Veslo aquí en breve respondido: *¿Con obras de Fé, Esperanza, ò Caridad.* ¿Se te olvidará esto? No se me olvidará. Pero yo siempre he oído decir, que se sirve à Dios mucho con la Humildad, con la Penitencia, con la Limosna, &c. Pero si con todas estas virtudes se sirve à Dios, ¿cómo me nombran aquí solas aquellas tres, Fé, Esperanza, y Caridad? Has preguntado bien.

Pero repára ahora en aquella palabra *principalmente*. Se sirve à Dios con la Humildad, se sirve à Dios con la Penitencia, se sirve à Dios con la Limosna, y se sirve à Dios con todas las demás virtudes. Pero principalmente se sirve con obras de Fé, Esperanza, y Caridad. ¿Por qué *principalmente*? Porque si estas tres virtudes faltan, todas las demás virtudes no sirven, no aprovechan, no agradan à Dios, no valen nada. Sin tener Fé, es imposible agradar à Dios, dice San Pablo: (*Ad Hebr. 11. v. 6.*) *Sine Fide impossibile est placere Deo*. Se sirve à Dios principalmente, porque sin la Fé, todas las demás, que parecen virtudes, no son virtudes, dice S. Agustín; (*1. 4. cont. Julian, c. 3. n. 7.*) porque si no teniendo Fé para encaminarlas à su verdadero fin, que es Dios, las hacen por fines terrenos, no son verdaderas virtudes, sino aparentes, vanas, y sin provecho: *Minus impius quam Catilina Fabricius non veras virtutes habendo, sed à veris virtutibus non plurimum deviendo*, dixo Agustín. (*Div. Thom. 2. 2. q. 4. artic. 7.*) ¿Qué importa, que entre los Gentiles

pareciesen castas las Vestales, abstinentes los Pitagóricos, modestos los Estóyicos: que entre los Japones pareciesen penitentes los Bonzos, y en la India pareciesen Religiosos los Bracmanes? Qué importa, que entre los Hereges quisiesen parecer martificados aquellos perversos, que se llamaron Apostólicos en Francia, ò muy austeros los Vegardos, y Veguinas en Alemania? que todos, todos, como no tenían Fé, ni era castidad la fuya, ni abstinencia, ni modestia, ni Religion, sino monerías, con que todos están en el Infierno? *Sine Fide impossibile est placere Deo*. Con estas tres se sirve à Dios principalmente: porque, por el contrario, en estando estas tres en el alma, ellas acarrear, llaman, y juntan en ella todas las otras virtudes. Con estas tres virtudes se sirve à Dios principalmente, porque la Fé es en el edificio espiritual el cimiento, que sin él toda la casa se arruina: Es lo que para la columna la basa, que sin ella se cae: es lo que para el arbol la raíz, que sin ella se seca. La Esperanza es en ese edificio las paredes, y las columnas, que sin ellas, ni podrá haver techo, ni será casa: Es lo que en el cuerpo humano la sangre, que sin ella, ni podrian correr los espiritus, ni tener movimiento: Es lo que en el arbol las flores, que si éstas se hielan, no habrá frutos. La Caridad es en ese edificio el techo, que sin él será corral de brutos, la que era sala, y vivienda de racionales. Es lo que en el arbol el fruto, que sin él de nada servirían sus raíces, y nada aprovecharían sus flores. Y es en fin lo que en el cuerpo humano la vida, que sin ella, ¿quál queda un cuerpo difunto? Yá lo veis; pues por eso son estas tres virtudes las con que se sirve à Dios principalmente. Y en fin son estas las principales, porque las demás virtudes nos llevan à nuestro ultimo fin, pero por rodeos; estas ván derechas: Quiero decir, todas las otras virtudes tienen por objeto inmediato alguna cosa criada, aunque con eso sirven, ò de quitarle à la Fé los embarazos, ò à la Esperanza los temores, ò à la Caridad los tropiezos: Pero estas tres virtudes solo miran derechamente à Dios, à nuestro fin, allá nos llevan, allá nos juntan, allá nos unen. Creer en Dios, esperar en Dios, amar à Dios, pues con ellas se sirve à Dios principalmente. Oygan ahora al Principe de los Theologos Santo Thomás, para que vayan viendo como es Theologo en romance el Catecismo: *Cum in agibilibus finis principium, necesse est virtutes Theologicas, quarum objectum est ultimus finis, esse priores ceteris virtutibus.* (*Div. Thom. 2. 2. quest. 4. artic. 7.*)

Este, pues, dice, que con obras de Fé, Esperanza, y Caridad se sirve à Dios principalmente. Lo primero, porque todas las otras virtudes, si faltan éstas, ni sirven, ni merecen, ni son virtudes. Lo segundo, porque por el contrario en aviendo estas tres virtudes, luego tiene el alma todas las otras. Lo tercero, porque todas las otras virtudes, si tienen valor, si tienen merito, es por estar fundadas sobre estas

estas tres virtudes. Lo cuarto, porque todas las otras virtudes no miran derechamente à Dios como estas tres, que tienen puesta en Dios derechamente toda su mira. Y así, aunque se sirva à Dios con todas las otras virtudes, pero con estas tres sobre todas se sirve à Dios *principalmente*. Valgate, y lo que nos ha dado que hacer el *principalmente*.

Por esso, pues, se llaman estas tres Virtudes Theologales. Y para que hagamos el debido concepto de su valor, juzgo dexarlas de una vez explicadas en las siguientes doctrinas, juntando aquí las preguntas que allá hace el Catecismo; donde aparte trata de las Virtudes Theologales. Llamansé, pues, así, porque miran derechamente à Dios; y así, Theologales es lo mismo que Virtudes Divinas. ¿Por qué tienen tan alto nombre? Preguntá el Catecismo: *Porque nos juntan con Dios, y él solo las infunde*, que es lo mismo que decir: Llamansé Divinas, porque todas ván hácia Dios; y llamansé Divinas, porque todas vienen de Dios: Dios es quien nos las dá: Dios es quien nos las infunde en el Bautismo, como otra vez diré. ¿Y por qué nos las infunde? Saben para qué? para quitar las dificultades, que al principio me oponian, que no me he olvidado. Nos las infunde Dios para que con ellas tengamos el saber, poder, y querer. Por la Fé, que es la que alumbrá nuestro entendimiento, sabemos quales son aquellos bienes eternos, infinitos, è inmensos de Dios, que es nuestro fin. Sabidos, pues, y conocidos por la Fé, para que no desmayemos en las dificultades que se nos ponen; para que emprendamos todo lo que parece áspero en la virtud. La virtud de la Esperanza alienta, y dá vigor à nuestras fuerzas, que quien espera llegar à un gozo eterno, ¿cómo no se alentará à sufrir por él qualquiera temporal trabajo? Sabida, pues, por la Fé la bondad infinita de aquel nuestro fin ultimo; alentado, y fortalecido el poder, para que le busquemos con la Esperanza; la Caridad toda enamorada de aquel bien infinito, suavemente nos tira, dulcemente nos lleva, y poderosamente nos ayuda, para que despreciados estos bienes caducos, viles, y engañosos, solo abracemos con todo nuestro amor, con toda nuestra alma, aquel bien, que solo es bien; aquel bien, que solo es seguro; aquel bien, que solo es eterno. Y vén aquí como el conseguir nuestro fin, no ha de ser con solo nuestro saber natural, que nada alcanza; no con nuestras naturales fuerzas, que nada pueden; no con nuestro natural amor, que solo ocupa su querer en las cosas mas viles; sino con el saber, poder, y querer sobrenatural, que Dios nos dá, que Dios nos infunde con la Fé, con la Esperanza, y con la Caridad.

Estoy yá en todo esso, Padre, pero tengo ahora una fuerte réplica sobre las palabras del Catecismo: *Con obras de Fé, Esperanza, y Caridad*. Pregúnto yo: ¿Con los pensamientos de Fé no se merece? No son meritorios de vida eterna? Respondo, que si estos pensamientos los tiene quien está en

gracia, estando juntas en el alma la Fé, la Esperanza, y la Caridad: estos pensamientos son meritorios de vida eterna. Consta de las Divinas Escrituras: *Credidit Abraham Deo, & reputatum est illi ad justitiam*. Y S. Pablo: *Sancti per fidem adepti sunt repromissiones*. Y asícualo Santo Thomás, y con él todos los Theólogos, (*D. Th. 2. 2. q. 2. art. 9.*) Ahora, pues, si con los pensamientos de la Fé se merece, se sirve à Dios, y se alcanza la vida eterna, ¿por qué solo dice el Catecismo: *Con obras de Fé, &c.*? En verdad, que segun arguis pareceis Theólogo; pero mas Theólogo que vos es el Catecismo.

Respondo lo primero, que quien dice con obras, yá supone los pensamientos: porque ninguna accion humana puede haver, sin que primero le preceda el pensamiento: que quien no piensa lo que hace, obra como bruto. Lo segundo, dice con obras, para dár à entender, que para que haya mérito, no basta la Fé sola, ha de estar junta con la Caridad, que como es la que dá vida à la Fé, es también à la que pertenecen las obras: *Fides, qua per Charitatem operatur*, dixo San Pablo: (*ad Gal. 5. v. 6.*) Lo tercero, dice con obras, para que entendamos, que de nada servirán los pensamientos, los deseos de gloria, y las buenas palabras, con que se hacen propositos, si las obras se oponen luego à esos pensamientos, à esos deseos, y à esos propositos. ¡Ah, Christianos! ¿Qué nos dice la Fé? Que despues de ésta hay una vida eterna, y en ella eterno Infierno para los pecados, y pecadores, ò eterna Gloria para las virtudes, y las obras buenas. ¿Lo creemos así? Lo confessamos así? Lo conocemos? Pues, y con esos pensamientos, ¿quáles son nuestras obras? Por una parte el apetito te propone el deleyte torpe, la venganza iniqua, la injusticia, el fraude: por otra la Fé te dice, que eso es perder el Cielo, que eso es precipitarte al Infierno: ¿y qué resuelves? Tus obras lo digan. Resuelves obedecer à tu apetito, y no à la Fé; ¿pues de qué sirven aquellos pensamientos, si son estas tus obras? Almas, dónde está nuestra Fé? Qué nos propone la Esperanza? Que por qualquiera accion buena, que por Dios hagamos, nos dará Dios en la Gloria ciento por uno. ¿Lo esperamos así? lo deseamos? confiamos que la gozaremos? Pues cómo, sabiendo que aquella doncella por su pobreza pelagra, que aquella viuda cargada de hijos, y mas de miserias perece, y que con tanta facilidad lo pudieramos remediar, no lo hacemos? Pues de qué sirven aquellos deseos del Cielo, si son estas las obras? Almas, dónde está la Esperanza? Qué nos dice la Caridad? Que Dios es solo bien summo, el bien verdadero, el bien eterno, que solo merece nuestro amor, porque todos los bienes del mundo son mentirosos, son falsos, son caducos. ¿Conocemoslo así? lo vemos? lo experimentamos cada dia, y lo lloramos cada instante? Pues cómo nuestra voluntad, nuestro amor, y nuestros afectos todos, dexando à Dios, vuelan sin cessar à las criaturas, à los bienes

nes que conocemos engañosos, y à los deleytes que tantas veces experimentamos amargos? Pues de qué sirve aquel conocimiento, y aquel desengaño, si son nuestras las obras? Almas, dónde está nuestra Caridad? Luego muy bien nos dice el Catecismo, que para conseguir nuestro fin, para llegar à la Gloria, ha de ser con obras de Fé, Esperanza, y Caridad. Así lo conozco, y lo confieso. Mas por ultimo no he de dexar de decir una cosa, y es: que hoy el Padre no nos ha contado exemplos como otras veces. Ha havido mucho que explicar, no me hagan tantas preguntas, y yo les diré mas exemplos. Pero ahora vaya éste que lo abraza todo.

Refiere Sofronio en su Prado Espiritual, que San Ginés, Obispo Cirenense, haviendo convertido à nuestra Santa Fé à un famoso Médico llamado Evagrio, pidióle en una ocasion trescientos ducados para dar de limosna à los pobres. Diólos él de buena gana, y agradecido el Santo Obispo, escribió de su mano una cedula, en que obligando por su fiador al mismo Jesu-Christo, le prometia que le pagaria Dios à ciento por uno aquellos trescientos ducados. Firmóla, y se la entregó à Evagrio. Passado algun tiempo, llegandosele à Evagrio la muerte, llamó à un hijo suyo, y entrególe aquella cedula, mandandole, que quando llevassen su cuerpo à darle sepultura, se la pusiese en el pecho. Así lo executó el hijo. Y yá havian pasado tres dias despues de enterrado, quando Evagrio le apareció al Santo Obispo Ginés, y le dixo: Padre, vé à la Iglesia, y abre mi sepultura, que te quiero volver la cedula que me diste. Al siguiente dia, convocando el Obispo todo el Clero, y el Pueblo, ván todos à la Iglesia, abren la sepultura, y hallan que tenia Evagrio aquella cedula en la mano: tomósela el Obispo, y vió, que à las espaldas de lo que él havia escrito estaba esta carta de págo, y recibo: Yo Evagrio, Médico, à tí Santísimo Ginés, Obispo, digo: que los trescientos ducados que te dí para que diesses limosna à los pobres de Christo, prometiendome tú, que Dios me pagaria ciento por uno: confieso delante de la Santa Iglesia, que me doy por muy contento, y muy bien, y colmadamente pagado de la dicha promesa, y que ya no tengo mas que pedir, ni à tí, ni à Jesu-Christo mi Señor, y Redentor del Mundo. Oyendo esto, rebosó en todos el regocijo en lágrimas, y voces de alabanzas à Dios, y el Obispo hizo guardar para eterna memoria aquella cedula. Oh! y si la llevaramos todos dentro del corazon guardada, para avivar nuestra Fé, para alentar nuestra Esperanza, para afervorizar nuestra Caridad. ¡ Oh, mi Dios! Si así sabes pagar, ¿quién no te prestará quanto tiene, para tenerlo seguro? Quién no te entregará todo su corazon, todo su amor, y toda su alma, para lograr con la Fé tu vista, para alcanzar con la Esperanza tus premios, y para gozar con la Caridad tu Gloria?

PLATICA XIV.

DE LA PRIMERA VIRTUD Theologal, que es la Fé.

A 20. de Julio de 1690.

DE tener un mismo nombre las cosas que entre sí son distintas, nacieron en el mundo los equívocos; que si tal vez agradan, porque parecen agudezas, las mas veces dañan, porque son engaños: que esto de hablar con equivocacion, por mas que quisieron llamarlo artificio los Políticos, lo cierto es, que es muy antigua maña de tramposos, equivocar para confundir, y confundir para engañar. Por esto la verdad aborrece toda equivocacion; y si en nuestra Fé gozamos nosotros la verdad suma, la verdad eterna: por esto ni aun en el nombre de la Fé hemos de permitir equivocacion. Yá, pues, este nombre Fé, segun las ocasiones, significa cosas muy diferentes. Lo primero, este nombre Fé, significa la fidelidad, ahora sea en la promesa que hacemos, la palabra que empeñamos de hacer, y de cumplir alguna cosa: por esto el que así promete empeñando su palabra, suele decir: *Harélo à fé de hombre de bien*. Ahora sea la fidelidad que guardamos en cumplirlo: y así esse cumplirlo, decimos, que es guardar la fé prometida; y por esto, de un tramposo, que nada paga, y nada cumple, suelen decir, *que no tiene fé con nadie*. Y esta es tambien la que llamamos fé conyugal; esto es, aquella obligacion, que mutuamente se tienen entre sí los casados, de guardarse el uno al otro la fé del Matrimonio, de cumplir las obligaciones, que el uno al otro se prometieron en su santo estado. En otra significacion llamamos tambien fé à la confianza que de uno tenemos; por esto solemos decir: *No tengo fé con fulano*; esto es, no confio que él me haya de hacer algun bien. *No tengo fé con esse medicamento*; esto es, no tengo confianza, que este medicamento me ha de dar mejoría. Significamos tambien con este nombre fé, la intencion, la conciencia con que obramos; por esto se dice: *Fulano erró, pero obró con buena fé*. En este sentido los Juristas, al que posee alguna cosa con mala conciencia, porque la hubo mal habida, porque la compró sabiendo que era hurtada, ó que no podia ser vendida, le llaman *poseedor de mala fé*, que nunca prescribe, siempre está obligado à restitution. Por el contrario, el que obtuvo alguna cosa sin malicia alguna, creyendo que compraba bien, y que lícitamente la posee, le llaman *poseedor de buena fé*. Así tambien llamó fé à la conciencia S. Pablo (*ad Roman. 14.*) *Omne quod non est ex Fide, peccatum est*. Todo lo que se hace contra el dictamen de la propria conciencia, es pecado; como veremos quando expli-

plicaremos los daños de la conciencia erronea.

Yá, pues, en ninguna de estas significaciones tratamos ahora de la fé, sino en quanto significa la credulidad con que creemos lo que otro nos dice. Y yá, si creemos lo que nos dicen los hombres, se llama fé humana, por eso en los instrumentos públicos decimos, que han de estar firmados de las partes, ó las otras jurídicas ceremonias, *para que hagan fé*; entendiendose fé humana, sin la qual no se pudiera vivir entre los hombres. Diganlo quales andan con tan poca fé los Comercios, con tantas mentiras los tratos, y quan rebueltas con creer à los chismes las cosas. Mas esto tendrá su lugar en el *ni mentirás* del octavo Mandamiento. Pero si lo que creemos es lo que dice Dios, y lo creemos porque Dios lo dice, esta es la Fé Divina de que tratamos. Y si sin la fé humana es tan difícil vivir entre los hombres; sin esta Fé Divina es del todo imposible vivir con Dios: *Iustus ex Fide vivit*, dice San Pablo.

De ésta, pues, como principal, y unica puerta por donde hemos de entrar à nuestra eterna dicha, como fundamento, y basa sobre que ha de estrivar toda nuestra felicidad, y toda nuestra gloria, pregunta hoy el Catecismo: *¿Qué cosa es Fé?* Aun en el modo citá Theológica la pregunta; forzoso es que sea Theológica la respuesta; procuraré aclararme: *Fé* (responde) *es una luz, y conocimiento sobrenatural, con que sin ver creemos lo que Dios dice, y la Iglesia nos propone*. Ni le falta palabra, ni le sobra; y abraza en estas todo lo esencial de la Fé. Es una luz, que eleva el entendimiento à conocer lo que no alcanza; por eso dice: *Luz, y conocimiento*, porque no es la Fé luz material de los ojos del cuerpo, sino luz, que recibiendo en el entendimiento, lo eleva, lo sublima à crear, y conocer verdades, que él jamás pudiera con sus fuerzas naturales alcanzar. Por eso es esta luz sobrenatural. Añade luego la obscuridad, que es à la Fé del todo necesaria; por eso dice: *Con qué sin ver creemos*; porque si la luz material alumbra para que vean los ojos, esta luz sobrenatural, esta luz divina alumbra al entendimiento, para que él crea lo que los ojos no vén: *Argumentum non apparentium*, la llamó San Pablo. Y San Agustín: (*Hurt. de Fid. D. 49. f. l. n. 3.*) *Quid est Fides? Credere quod non vides*. Lo que creemos, pues, y no vemos, es lo que Dios nos dice; ese es todo el objeto, y el blanco de nuestra Fé Christiana; y para que lo creamos es menester que nos lo proponga la Iglesia: eso es ser nuestra Fé Cathólica.

Yá, pues, esta misma, que el Catecismo llama luz sobrenatural, otros Theólogos dicen, es una virtud sobrenatural; otros, es un habito infuso; y todos por diferentes palabras dicen una cosa misma. Explicalo la primer Lumbra de la Theología Jesuítica, el Eximio Doctór Padre Francisco Suarez: (*de Fid. D. 7. f. l. n. 5.*) Mirad, dice, los que llaman à la Fé habito infuso, explican lo que la Fé hace de parte del entendimiento, que es ayudarle, y facilitarle à crear lo que él por sí solo

jamás pudiera; los que la llaman luz, explican así lo que hace la Fé hácia el objeto, que es mostrarle al entendimiento su objeto soberano, que es Dios. Así, pues, la Fé es luz sobrenatural, y es habito infuso, todo es uno. No es mucho que una misma cosa se explique con dos nombres tan distintos; mireno claro. A una vela unas veces la llamamos candela, otras luz. Candela, porque arde: luz, porque alumbra. Candela, por el fuego que tiene ceñido en la llama: luz, por lo que esparce en la esfera. Así, pues, la Fé es luz sobrenatural, por lo que nos alumbra hácia Dios; y es habito infuso, porque infundiendolo Dios, nos facilita el entendimiento, para que él pueda crear lo que sin ese habito sobrenatural, è infuso no pudiera. Padre, eso yá lo he entendido: ¿pero qué es habito infuso? Buena pregunta: esto quedará dicho: Hay unos hábitos adquiridos, otros infusos. Habito adquirido llamamos aquella facilidad, que conseguimos con repetir muchas veces à hacer una cosa. ¿Qué piensan que son todas las Artes, todos los Oficios? Hábitos adquiridos con la repetición, y continuación de hacer una cosa misma. ¿Con qué facilidad toca un Músico un instrumento! con qué presteza corre un Pintor las líneas, formando una imagen! qué al desgayre se pasea el otro por la maroma! parece que está jugando: pues lleguese à hacerlo uno que no sabe, las manos le parecen de plomo, los dedos se le hacen de piedra, y los pies le pesan diez arrobas: todo le embaraza, todo le ataja, y al fin no acierta. ¿Qué es esto? Por qué hace aquel con tanta facilidad lo que à éste se le hace imposible? Saben por qué? Porque aquel tiene habito adquirido, y éste no. Quien facilita à aquellos el habito que tiene; porque lo ha hecho yá muchas veces, porque muchas veces lo ha usado. Así, pues, el habito infuso nos facilita à hacer las cosas, que por ser sobrenaturales, no las pudieramos jamás hacer, si Dios no nos infundiera ese habito. Aquel otro lo adquirimos, porque es de cosas naturales, que caen debaxo de nuestra maña, de nuestro ingenio, y de nuestra industria; pero éste jamás pudieramos adquirirlo; porque siendo de cosas, que están mas allá de todas las fuerzas de naturaleza, solo Dios, por su infinita misericordia, nos lo dá, y nos lo infunde.

¿Pues qué, piensan que esa facilidad con que creen los Mysterios de nuestra Fé, no es mas que porque quieren? Fuera eso error, y heregia de Pelagio, condenado en el Concilio Arausicano. (Conc. Araus. c. 6. & 9.) Entendamos, pues, y agradezcamos, que al creer nosotros las verdades de nuestra Fé, todo es obra de Dios: *Hoc est opus Dei, ut credatis*, nos dice Jesu-Christo. Todo es un dón singularísimo, con que su Magestad por los meritos de nuestra Vida Christo, y no por otros, nos quiso entrefacar de los Bárbaros para salvarnos: *Vobis donatum est pro Christo non solum ut credatis, sed etiam ut pro illo patiamini*, dice San Pablo. Yá, pues, este habito infuso, este inestimable beneficio, este dón sobrenatural de la Fé, con